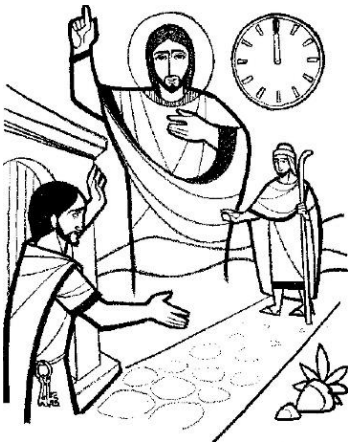
I Domingo de Adviento



(ciclo B)

29 de noviembre de 2026

JORNADA DE ORACIÓN POR LA CULTURA DEL BUEN TRATO

I. Notas exegéticas

Isaías 63,16b-17.19b; 64,2b-7

¡Ojalá rasgaras el cielo y bajaras!

Tras la celebración de la solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, se abre la puerta de un nuevo Año Litúrgico con el tiempo del Adviento, periodo de preparación para contemplar el nacimiento del Salvador. El Adviento es el gran acontecimiento de preparación espiritual y la oportunidad para la reflexión personal. Este tiempo se vive en cuatro domingos: el primero se centra en la vigilancia, el segundo, en la conversión y el llamado al arrepentimiento, el tercero invita a la alegría y el cuarto al anuncio y la preparación. Así, cada domingo predispone el corazón para la espera dichosa del nacimiento del Señor.

El texto centra su mirada en signos de esperanza para lo que se invita a vigilar. Tras el retorno del exilio, al llegar a Jerusalén, el pueblo no solo se enfrenta a lo que captan sus ojos: una ciudad en ruinas y un templo que debe ser reconstruido. Más allá de la precariedad material, la verdadera decepción nace de experimentar el aparente silencio de Dios. Ante ese vacío elevan un clamor audaz: “¿Por qué nos extravías de tus caminos y endureces nuestro corazón?”. No es el reproche de quien ha perdido la fe, sino la queja de quienes confían plenamente en el Señor. Es la expresión de una fe madura que no maquilla el dolor ni oculta la propia fragilidad, sino que se reconoce

impotente ante Dios y admite que, abandonado a sus solas fuerzas, el ser humano se extravía y su supuesta práctica de la "justicia" resulta tan insuficiente como un vestido manchado.
En medio de esa crisis de sentido, el texto profético desplaza la mirada desde la frustración histórica hacia una certeza liberadora: Dios es el alfarero y nosotros somos arcilla en sus manos. Esta imagen transforma la experiencia del dolor en un horizonte de esperanza. Desde esta clave, el Adviento nos recuerda que la salvación no es fruto del mérito propio; así como la arcilla no se moldea a sí misma, tampoco nosotros podemos salvarnos solos. Las crisis, las demoras y la conciencia de nuestra pobreza no son signos de rechazo divino, sino el torno donde Dios ablanda nuestra dureza para darnos una forma nueva, capaz de acoger su gracia.

En la súplica final condensa toda la espiritualidad de este tiempo litúrgico. Pedir que Dios rasgue los cielos implica reconocer que existe una distancia que el ser humano no puede traspasar desde abajo: la salvación no es una conquista ascendente, sino una irrupción gratuita que desciende. Este grito convierte la indigencia en esperanza viva, pues quien suplica que el cielo se abra ya ha comenzado a despertar de su letargo espiritual. Para los creyentes, tanto de ayer como los de hoy, este pasaje es una invitación a despojarse de toda falsa seguridad para asumir con humildad la condición de arcilla en manos del Creador y abrir la historia al único que puede transformarla desde dentro con su venida.

Salmo 79, 2ac y 3b. 15-16. 18-19

R. Oh, Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.

Este salmo es señalado como una lamentación comunitaria. Reinterpretado por la comunidad que regresó del exilio, sumerge a quien lo medita en el clamor sincero de un pueblo que, en medio de la crisis, las ruinas del templo y el silencio de Dios no pierde la esperanza, al contrario, saca voz para elevar una súplica apasionada. Lejos de esconder las grietas, la comunidad hace conciencia de que no le bastan sus solas fuerzas para salvarse. Implora que

el Pastor de Israel vuelva su mirada, cuide la cepa que su misma diestra plantó y haga brillar su rostro sobre ellos. Si se repara esta lamentación es el latido del Adviento, un tiempo que enseña a reconocer la propia indigencia invitando a dejar de confiar en falsas seguridades. Recuerda que la salvación no es una conquista humana que se logra desde abajo, sino una gracia gratuita que desciende del cielo cuando abrimos el corazón a la acción transformadora de Dios. En definitiva, este salmo invita a transformar las crisis en un grito vivo y confiado, pidiendo que el Señor rompa el letargo espiritual y venga a renovar la historia desde la raíz.

1 Corintios 1, 3-9

Aguardamos la manifestación de nuestro Señor Jesucristo

Lejos de ser un simple saludo protocolario, el inicio de la Primera Carta a los Corintios constituye una verdadera obertura pastoral y teológica. Aunque Pablo conoce a fondo las graves divisiones, rivalidades y desórdenes morales que fracturan a esta comunidad, decide comenzar dando gracias a Dios por la riqueza de carismas, palabra y ciencia que habitan en ella. Con esta pedagogía, el apóstol recuerda a los creyentes quiénes son en Cristo antes de señalar lo que deben corregir, dejando claro que ningún talento es fruto del orgullo o el mérito humano, sino pura gracia gratuita, concedida para edificar la comunión.

Iniciando el Adviento, esta mirada de gratitud se convierte en el fundamento de una espera vigilante. Vivir aguardando la manifestación definitiva del Señor no significa instalarse en el temor ni confiar en la propia autosuficiencia, sino apoyarse en una certeza inquebrantable: Dios es fiel. Frente a las fragilidades e inconstancias, es la fidelidad irrevocable del Padre la que sostiene firmeza los creyentes hasta el final, despojando de toda soberbia y abriendo el corazón a la esperanza activa de su venida.

De esta misma experiencia de gracia brota, como exigencia cotidiana, una auténtica Cultura del Buen Trato. Si todos hemos sido enriquecidos por el

mismo Señor y llamados a la comunión con su Hijo, desaparece cualquier espacio para la competencia, la exclusión o el desprecio. Construir relaciones sanas comienza por imitar la mirada de Pablo: aprender a reconocer y agradecer lo valioso que Dios ha sembrado en el otro, sostenernos con paciencia en nuestras debilidades y hacer de nuestras comunidades espacios de acogida donde nadie sea descartado.

Marcos 13, 33-37

Velen, pues no saben cuándo vendrá el dueño de la casa

El texto deja ver los versículos que constituyen el broche de oro del denominado "discurso escatológico" de Marcos en el capítulo 13, pronunciado por Jesús en el monte de los Olivos frente al Templo de Jerusalén, en la antesala inmediata de su Pasión. La comunidad cristiana a la que escribe el evangelista hacia el año 70 d.C., atraviesa una profunda crisis histórica: sufre la persecución imperial en Roma, el desconcierto ante la destrucción de Jerusalén y la aparente demora de la segunda venida del Señor: *parusía*.

Frente a quienes pretenden diseminar un mensaje de desconsuelo, calculando fechas para la Venida del Señor, o los que pierden la esperanza por un mensaje de miedo, este pasaje les presenta el testamento espiritual de Jesús que sostiene a la Iglesia en el tiempo y en la historia, desplazando la curiosidad apocalíptica hacia la responsabilidad presente. En el corazón de esta sencilla parábola del hombre que se marcha de viaje, la exégesis descubre que la ausencia del Señor no es un vacío inerte, sino un espacio de confianza y corresponsabilidad. El dueño de la casa no abandona su propiedad al azar; entrega a cada criado su propia tarea y confía al portero la misión específica de vigilar. De este modo, el tiempo de la espera cristiana queda definido como un tiempo de fidelidad creativa: mientras el Señor parece ausente, la comunidad está llamada a administrar la historia con compromiso, servicio y amor mutuo, demostrando su pertenencia al Reino no

con especulaciones estériles, sino con el cumplimiento diligente de su vocación cotidiana.

El centro del mensaje teológico del pasaje gira en torno al llamado constante de la vigilancia que atraviesa las cuatro vigilias de la noche según el cómputo romano: atardecer, medianoche, canto del gallo y amanecer. En el lenguaje bíblico, “estar despierto” es lo opuesto a la somnolencia espiritual, esa apatía del corazón que vuelve insensibles al sufrimiento del hermano y que encierra en la rutina o el egoísmo. La advertencia de Jesús no busca sembrar miedo ante un juez implacable que llega por sorpresa, sino despertar al discípulo para que su vida entera conserve siempre la frescura del primer encuentro y no se deje anestesiar por las falsas seguridades del mundo.

Al situar este pasaje al comienzo del Adviento, se marca el tono espiritual de todo el Año Litúrgico que comienza, el grito final de Jesús “*Lo que les digo a ustedes, lo digo a todos: ¡Velen!”,* rompe las fronteras e interpela directamente a los creyentes de estos tiempos. Vivir el Adviento desde esta clave significa transformar la espera indiferente en una vigilancia activa y llena de esperanza: mantener los ojos abiertos para reconocer al Señor que viene continuamente en su Palabra, en los sacramentos y en el rostro del prójimo, preparando así el corazón para acogerlo plenamente tanto en su venida histórica de Navidad como en su manifestación definitiva al final de los tiempos.

II. Pistas homiléticas

- Señalar que el Adviento comienza reconociendo con humildad nuestra fragilidad, pues no podemos salvarnos por mérito propio, sino abriéndonos a que Dios “rasgue el cielo” y venga a nuestro encuentro.

- Establecer cómo el aparente silencio o demora de Dios no es abandono, sino el espacio donde Él ablanda nuestras durezas como arcilla en sus manos para moldearnos con ternura y darnos una forma nueva.

- Ser conscientes de que no caminamos hacia el Señor sostenidos por el miedo ni por nuestras propias fuerzas, sino por la certeza agradecida de que el Padre es fiel, nos trata con misericordia y nos mantiene firmes hasta el final.

- Estar atentos pues quien aguarda al Señor aprende a mirar al otro desde la gratitud y la dignidad, sin competir, juzgar ni excluir, convirtiendo la familia y la comunidad en espacios de acogida donde nadie sea descartado, procurando el buen trato.

III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos, con este domingo iniciamos un nuevo tiempo litúrgico: el Adviento, tiempo de esperanza y de preparación para la venida del Señor. La Iglesia nos invita a despertar el corazón, a renovar nuestra fe y a disponernos para acoger a Cristo que viene a nuestro encuentro. Este camino de espera nos recuerda que Dios no abandona a su pueblo, sino que permanece cercano y fiel a su promesa de salvación, por eso, estamos llamados a vivir vigilantes, atentos a los signos de su presencia en medio de nuestra historia.

Hoy celebramos la Jornada de Oración por la Cultura del Buen Trato, que nos invita a construir relaciones marcadas por el respeto, la dignidad y el amor fraterno en los entornos eclesiales, reflejando así el estilo de vida que Cristo nos enseña. Con esperanza y alegría iniciemos esta celebración y este nuevo Año Litúrgico.

Monición a las lecturas

La Palabra de Dios nos invita a despertar y a reconocer la presencia de Dios que actúa en la historia. El Señor nunca abandona a su pueblo y sale al encuentro de quienes lo buscan con sinceridad, Él nos ha enriquecido con sus dones y nos sostiene mientras esperamos la manifestación plena de su salvación. Por eso estamos llamados a vivir vigilantes, con el corazón atento y preparado, para que cuando el Señor venga nos encuentre firmes en la fe y comprometidos en la construcción de un mundo más justo y fraterno. Escuchemos con fe esta Palabra que nos comunica la vida.

Oración de fieles

Presidente
Hermanos, al comenzar este tiempo de espera y esperanza, elevemos nuestras súplicas al Padre que siempre permanece fiel a su alianza y que nos invita a preparar el corazón para la venida de su Hijo.

R./ Escucha, Padre, nuestra súplica.

1. Por la Iglesia extendida por toda la tierra, para que durante este tiempo de Adviento anuncie con renovado fervor la esperanza cristiana y ayude a la humanidad a descubrir que Dios sigue viniendo al encuentro de su pueblo.

2. Por los pueblos que viven situaciones de conflicto, violencia o injusticia, para que el Señor despierte en los gobernantes y en todos los ciudadanos un sincero deseo de paz, reconciliación y respeto por la dignidad humana.

3. Por quienes atraviesan momentos de cansancio espiritual, desánimo o incertidumbre, para que la esperanza del evangelio vuelva a iluminar sus vidas y los anime a confiar en la fidelidad de Dios.

4. Por esta Jornada de Oración por la Cultura del Buen Trato, para que, como Iglesia, aprendamos a relacionarnos con respeto, empatía y sensibilidad, reconociendo en cada persona la dignidad de hijo de Dios.

5. Por nuestra comunidad parroquial de (…), para que este tiempo de Adviento nos ayude a crecer en la conversión del corazón, en la oración y en el compromiso fraterno con quienes más necesitan de nuestra cercanía.

Presidente
Padre bueno, escucha las súplicas de tu pueblo que camina en esperanza y concédenos vivir vigilantes mientras aguardamos la venida gloriosa de tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

V. Sugerencias Litúrgicas

La Corona de Adviento: un signo que ilumina nuestra espera

Queridos sacerdotes:

La Corona de Adviento es un signo que, año tras año, nos acompaña en el camino de preparación para celebrar el nacimiento del Señor. Su presencia en nuestros templos y comunidades constituye una oportunidad para ayudar a los fieles a comprender y vivir el sentido espiritual de este tiempo litúrgico.

Los invitamos a prepararnos teniendo en cuenta estas palabras del Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia:

> *98. La colocación de cuatro cirios sobre una corona de ramos verdes, que es costumbre sobre todo en los países germánicos y en América del Norte, se ha convertido en un símbolo del Adviento en los hogares cristianos.*
>
> *La Corona de Adviento, cuyas cuatro luces se encienden progresivamente, domingo tras domingo hasta la solemnidad de Navidad, es memoria de las diversas etapas de la historia de la salvación antes de Cristo y símbolo de la luz profética que iba iluminando la noche de la espera, hasta el amanecer del Sol de justicia (cfr. Mal 3,20; Lc 1,78).*

Monición a la bendición de la corona de Adviento

(Inmediatamente después del saludo inicial o cuando se considere oportuno)

Al comenzar el nuevo Año Litúrgico bendecimos la corona de Adviento. Sus luces nos recordarán que Jesucristo es la luz del mundo. Su color verde es signo de vida y esperanza. La corona de Adviento es el símbolo del triunfo de la luz y la vida sobre las tinieblas y la muerte, porque el Hijo de Dios se ha hecho hombre y nos ha dado la vida verdadera.

Al encender semana tras semana los cuatro cirios de la corona, simbolizamos nuestra gradual preparación para recibir la luz de la Navidad. Por eso hoy, primer domingo de Adviento, bendecimos esta corona y encendemos su primer cirio. *(Quienes hayan traído sus coronas de Adviento se pueden acercar para la bendición.)*

Oración para bendecir la corona de Adviento

La tierra, Señor, se alegra en estos días y tu Iglesia desborda de gozo ante tu Hijo que se avecina como luz esplendorosa que vence las tinieblas y resplandece como luz en lo alto del monte. Te pedimos ahora que, al empezar el tiempo de preparación para la venida del Mesías, bendigas esta corona de Adviento con sus cuatro luces ✠ ; que, mientras se acrecienta el esplendor de esta corona, dispongas nuestros corazones para acoger al Salvador del mundo, alegría del que cree, esperanza del que espera y dicha de los hijos de Dios. Amén.

Oración para encender la primera luz

Te esperamos, Señor, rasga tu cielo y desciende, porque andamos extraviados y no vamos por tus caminos.

Al comenzar el Adviento, queremos salir a tu encuentro para recibirte con alegría por caminos de justicia y santidad.

Encendemos hoy esta primera luz para disipar nuestras tinieblas, pues, nuestras culpas nos arrebatan como el viento. Queremos esperarte preparados, estar despiertos y vigilantes, porque Tú eres luz que alumbra, fuego ardiente que purifica.

Alfarero nuestro, moldéanos, somos obra de tus manos. Queremos reconocerte presente en nuestros hermanos. Amén.



I Domingo de Adviento

Ciclo B

29 de noviembre

CLAVES DE REFLEXIÓN

1. Acompañar

- ¿Alguna vez te has quedado dormido esperando algo importante?
- ¿Qué cosas de todos los días hacen que nuestro corazón se "duerma" y no vea el amor de Jesús? (como pelear con un hermano, portarnos mal o ser perezosos)
- ¿Cómo podemos mantener nuestro corazón "despierto" esta semana?

2. Motivar

Jesús nos narra una historia sobre un hombre que se va de viaje y deja a sus sirvientes a cargo de la casa. A uno le toca vigilar la puerta. Como no saben a qué hora va a regresar el dueño —si de día, al atardecer o en plena noche—, el portero tiene que estar con los ojos bien abiertos para no quedarse dormido y recibirlo con alegría cuando llegue.

Jesús nos pide lo mismo a nosotros con el Adviento:

¿Qué significa "velar"? No significa solamente quedarse sin dormir por la noche, sino estar con el corazón despierto y atento a lo bueno.

3. Retar

Jesús nos dice hoy: *«¡Estén despiertos!»*. No significa que no vayamos a dormir a nuestra cama por la noche, sino que no dejemos que nuestro corazón se vuelva flojo, egoísta o aburrido.

Estar despierto para Jesús significa tener los ojos bien abiertos para ayudar a los demás, obedecer con una sonrisa y preparar nuestra casa como cuando esperamos a nuestro mejor amigo.

Tres compromisos para hacer en casa esta semana:

1. Hacer la cama y recoger los juguetes sin que nos lo pidan: Así como el portero tenía la casa limpia para recibir al dueño, vamos a mantener nuestro cuarto ordenado para recibir a Jesús con alegría.
2. Responder "con amor" a la primera: Cuando papá o mamá nos llamen o nos pidan un favor en casa, vamos a ir rápido y sin refunfuñar, demostrando que nuestro corazón está muy despierto.
3. Hacer una oración cortita cada noche: Antes de dormir, vamos a juntar las manos y decirle: "Querido Jesús, gracias por este día. Ayúdame a preparar mi corazón para tu llegada. Amén".

SUBSIDIO LITÚRGICO

Monición de entrada

Comenzamos hoy un nuevo año litúrgico. Acabamos ese período largo llamado el tiempo ordinario y ahora iniciamos el tiempo de Adviento.

Durante cuatro semanas nos preparamos para acoger a Jesús que viene a nacer en nuestras vidas y en nuestro corazón. Ya empiezan las luces, los árboles, los regalos… pero durante el Adviento trataremos de descubrir el mejor regalo de esta Navidad.

Imagínense que va a venir un amigo súper importante a nuestra casa; ¿qué haríamos? Limpiar, arreglar todo y esperarlo con alegría. Hoy encendemos la primera vela de nuestra corona para decirle a Jesús que queremos tener nuestro corazón listo para recibirlo.

Monición a las lecturas

En la liturgia de hoy, el profeta Isaías invoca a Dios como Padre y Redentor, mientras reconoce el pecado del pueblo. San Pablo agradece los dones recibidos y afirma que Dios nos mantendrá firmes hasta el final. En el Evangelio, Jesús insiste: *«velen, estén despiertos y atentos»*. Escuchemos esta Palabra que nos saca de la rutina y reaviva la espera.

Oración de fieles

Presidente
Presentemos nuestra oración con humildad y llenos de esperanza.

R./ Ven, Señor Jesús.

1. Por tu Iglesia, para que en Adviento nos ayude a descubrir el mejor regalo que Dios nos va a traer. Oremos. R./

2. Por los gobernantes y los líderes de las naciones, para que *no levanten la espada pueblo contra pueblo* y vivamos todos en paz. Oremos. R./

3. Por la humanidad entera, para que despertemos de nuestros orgullos y vanidades y comencemos a preparar la venida de Jesús mediante la solidaridad con los que sufren. Oremos. R./

4. Por todos los niños y niñas, para que, a través de la oración personal y con nuestra familia, vayamos creando clima de acogida a Jesús. Oremos. R./

5. Por los que participamos en esta Eucaristía, para que celebremos el Adviento en actitud de vigilancia, despertando a los valores de la austeridad y del compartir solidariamente. Oremos. R./

Presidente
Danos, Señor, lo que más y mejor nos ayude para vivir sirviéndote a ti y a los hermanos, tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.